

LA DEPURACION ESCULTORICA

EN JOSE PLANES

EN estos días Madrid se ve constelado de obras de arte: españolas «de tres mundos», como diría Juan Ramón Jiménez, aunque alterando un tanto la *aplicación* de su dicho, nos pueblan. Velázquez, hombre actual, pero de hace tres siglos; Picasso, hombre actual pero de dentro de un medio siglo, todavía; y Planes, hombre de ahora con un pie en el pasado y otro en el medio siglo que viene. De Velázquez ya se ha dicho casi todo; de Picasso, otro tanto; quedan pocas esperanzas de «descubrirlo» ante nadie; de Planes, la verdad, no se ha dicho tanto, pero lo que se ha dicho no lo mueve ya nadie: es firme y auténtico. Porque Planes, a su vez, es otro valor ibérico de los que llegan a lo universal tranquilamente. Un *tranquilamente* que reposa en la ajustada experiencia del pasado, y en el ejercicio de una depuración que busca un futuro no comprometido con nadie.

Para *hacer* estas obras José Planes ha dejado atrás centenares de años y se enfrenta con un presente que ya es futuro por derecho propio. Todo lo que significa anécdota, referencia, relación, se excluye de la escultura de Planes, dejando vía libre a la más audaz imaginación. La colaboración del que mira (asistido por su cultura, por su sensibilidad y por su mismo poder creativo) es indispensable. Aquellos que necesitan tener delante un



volumen «con todo puesto en su sitio», nada tienen que ver aquí. Estos volúmenes ocupan su lugar en el espacio, participan de él, pero le relacionan con el sueño, con el olvido, con la imaginación. El cuerpo femenino —objeto principal, y yo diría que único, de la escultura de Planes— se ve libre de todo cuanto es *femenino* para el que busca en el cuerpo una satisfacción visual perfectamente coordinada con lo que el cuerpo femenino está obligado a ofrecer a su contemplador. Líneas que sugieren, levísimos esbozos (que, obsérvese, *si se ahondan* dan trazos de una fuerza tremenda), rostros —alguno, *excavado* en la piedra: arrancado de sí mismo para dejar el hueco de su aventura terrena) que no son de nadie porque son *el rostro* más puro femenino... (Recuerdo unas palabras de Juan Ramón Jiménez al poeta Paul Valéry: en una cuartilla «en blanco estaba su mejor poema», el de J. R. J.). Brazos que no se desligan, piernas que no se despegan, afianzamiento telúrico mientras la vaguedad exigida a la piedra —al mármol más limpio— vuelan hacia un cielo del cual Planes es dueño y mejor poblador español contemporáneo.

Se ha llegado por este camino de la —insistamos— depuración, a unos extremos francamente pasmosos. No hay nada que sobre, no falta nada: la profunda cultura mediterránea de este hombre murciano aflora como la veta inmortal inmarcesible, pureza soberana; lo que no está allí, en estas piedras, es porque no tiene que estar: porque ya se ha superado la necesidad de su existencia. Y la armonía del conjunto, la soberana armonía de esta exposición de piedras de José Planes en una sala del Ateneo de Madrid, recoge la palpitación universal de Velázquez y de Picasso, cada uno en su mundo. Realidad, transformación genial de la realidad, eliminación de la realidad. Tres mundos, españoles de tres mundos. El escultor está en un momento clarísimo, diáfano, glorioso de su vida creadora. Así como la vida le ha ido arrancando, pedazo a pedazo, de su familia hasta dejarle casi solo, o peor que solo del todo, en una existencia que él intenta domar con su arte, él, José Planes, le ha ido arrancando a la realidad todos los pedazos que le sobran para ser más ella, mejor que ella misma. Y ahí están sus criaturas, tersas, firmes y fugitivas, densas y gravitantes, tan fuera del mundo y a la vez tan entrañadas a él, que una no puede delimitar donde acaba lo que falta y en donde se escondió lo que sobraba.

José Planes, maestro mediterráneo-universal, ha ido creando Venus



tras Vénus (¿y el Apolo necesario?) en nuestro tiempo, ¡contestándole con ellas a nuestro tiempo. Legándose las al futuro con la seguridad que debieron tener aquellos que nos dejaron a la de Milo y a la de Médicis. Esta última, mucho más bella sin duda; la otra, con su misterio a cuestas; más de todos los que la miran. . . . ¡Maravillosas piedras de Píanes, tenéis la palabra también en el concierto de voces de Velázquez y de Picañso!

